

aborrecida de la Iglesia romana. Existen contra la narracion que acabamos de apuntar grandes y valederas objeciones presentadas por parte de los historiadores eclesiásticos griegos. Segun estos, los legados no excomulgaron al patriarca en su presencia, ni dijeron al Emperador las anteriores amenazas. Informados de todo cuanto pasaba, guardaron profunda reserva, y dirigieron sus exaltadas excomuniones á la salida de Constantinopla. Accidental todo esto, lo esencialísimo es que las dos Iglesias se dividieron en tiempo del Papa Leon IX y del patriarca Miguel Cerulario para no volver jamás á reunirse, por lo menos hasta nuestros mismos dias. Pocos Papas ofrece la historia de Roma y pocos patriarcas la historia de Constantinopla, que deban calificarse de tan baladíes é insignificantes como los dos célebres, á cuyos nombres va unido el terrible cisma de Oriente. Leon IX aparece á los ojos de la posteridad como un caballero feudal sin entrañas; y Miguel Cerulario como un cortesano bizantino sin conciencia. Instrumento del Emperador Enrique III aquel, solo se curaba de sus placeres, teniendo olvidados por completo el catolicismo y la alta dignidad del catolicismo proviniente y por su persona representada: y este patriarca oriental pasaba su vida en conspirar con los pretendientes y en oprimirlos cuando salian victoriosas las conspiraciones, vestido de púrpura, y calzado de perlas, como un profano César, representando así ambos á dos la vileza de la decadencia y la corrupcion de grandes y venerandas tradiciones. Lo cierto es que el cisma se consumó, y que su consideracion y su estudio han debido detenernos todo este tiempo; porque se necesita explicar el cisma de Oriente si hemos de conocer el cisma de Occidente.

CAPÍTULO IV

LA HEREJÍA DE LOS ALBIGENSES

La mayor parte de las herejías, que hemos historiado, nacen y crecen en el Oriente de Europa. La herejía, que ahora comenzamos á historiar, aunque de origen oriental, porque en Oriente se encuentra como la cuna del sol la cuna del espíritu, aunque de origen oriental, se desarrolla por completo en Occidente. La idea que mas ha atormentado á la razon humana, la idea de los orígenes del mal, aparece en todos los siglos, y toma varios y diversos aspectos. Penetrado el hombre de la bondad de Dios, se esfuerza muchas veces en vano por compaginar con esta bondad suprema la perversion de los ánimos, la oscuridad terrible de los crímenes, las asechanzas continuas á la virtud, los séres maléficis que tienden sus sombras y derraman su ponzoña por todos los ámbitos de la naturaleza. ¿Por dónde viene el mal? ¿Cuál es su causa? Hé aquí el tórmento eterno. Un filósofo platónico se burlaba cortésmente de Alejandro por haber consultado al oráculo de Júpiter Ammon, allá en Egipto, sobre los orígenes del Nilo. Esta costumbre en los antiguos de consultar á los oráculos, como les consultaron los dorios sobre su expedicion al Peloponeso y los atenienses sobre su expedicion á Jonia y los corintios sobre su expedicion á Sicilia; esta costumbre, decia el pensador platónico, debe convertirse en otra costumbre mas explicable y mas útil, en la costumbre de preguntar, no de dónde viene tal ó cual rio, sino de dónde viene el bien por excelencia, tan necesario á todo el humano linaje. Inútil preguntar el origen del bien. Con solo alzar los ojos vemos su misteriosa fuente allá en el cielo.

Quien ha establecido las proporciones de los mundos, y dictado las armonías de las esferas, y puesto el sol en nuestros días, y la luna en nuestras noches, y señalado al coro inmortal de las estrellas sus movimientos y sus compases en los espacios infinitos, y desatado los vientos en la alta atmósfera, y vertido los mares en la profunda tierra; ese, y no otro, es quien origina en la humanidad todos los bienes. En tal punto no puede, no debe haber ni oposición ni discordancia. Mas hay que preguntar y que preguntar con verdadera insistencia: sabido como sabemos los orígenes del bien, ¿se sabe, se pueden saber los orígenes del mal? Aquí comienza el desmayo de la voluntad, la duda del entendimiento, la angustia del corazón, la perplejidad de la inteligencia, la incertidumbre natural ante un problema á que todos los siglos atienden, á que todos los sabios llevan una solución sin que nunca jamás llegue á resolverse.

Los maniqueos llenaron todo el siglo tercero de la Iglesia; los albigenses todo el siglo duodécimo y una gran parte del siglo décimotercio. Y el pensamiento capital de la herejía maniquea se confunde con el pensamiento capital de la herejía albigense: que tan tenazmente se ofrece á nuestros ojos de continuo el problema pavorosísimo, cuyos términos tanto miedo ponen en los ánimos mas audaces y tantas sombras en las inteligencias mas claras, el problema pavorosísimo de los orígenes del mal.

Segun los mayores filósofos antiguos, el mal provino de la creación de la materia, sujeta por su contingencia, por su limitación, por su fatalidad, á incorregibles y eternas imperfecciones. Los dos grandes maestros del idealismo y del naturalismo, Platon y Aristóteles, al abocarse á la profunda sima donde tan pavorosas contradicciones se encerraban, ¡ah! no supieron dar ninguna otra explicación al enigma, ningún otro calmante á la profunda angustia de la humana conciencia. Pitágoras, mas oriental, mas asiático, mas theúrgico que sus dos grandes continuadores, encontró una explicación verdaderamente oriental á un punto de suyo tan humano y tan profundamente arraigado en las entrañas mismas de nuestra naturaleza. Para Pitágoras, el mal y el bien se explican por dos potestades opuestas y comprometidas en una guerra incesante. Con esta especie de discordancia y desorden y arbitrariedad, que tenían las Pitonisas en su trípode y los oráculos en sus fórmulas, el escritor

semi-hierático llama á una de las potestades unidad, luz, derecha, igual, estable, y á otra de las potestades la llama binario, tinieblas, desigual, inestable y agitada. Indudablemente, así como en la mitología griega, la aparición del mito de Apolo enlaza el helenismo religioso con las teogonías asiáticas; en la filosofía griega la aparición de Pitágoras señala el enlace del helenismo científico con los sistemas asiáticos. El gran pensador, que de haber nacido en tierras mas circuidas de misterios, fuera una especie de Budha ó de Zoroastro, recorría la tierra en todas direcciones, husmeando el reguero de luz que en el espacio y en el espíritu dejaran todas las ideas. Así leyó los jeroglíficos grabados en los monolitos de Egipto y las páginas casi indescifrables en que constaban las genealogías de los dioses; y pasó por Tiro, paradero de las caravanas asiáticas y puerto de las naves occidentales, cual pudiera pasar un sacerdote, predicando y con las manos alzadas al cielo, sin mas guía que sus ideas, por medio de un mercado donde lucharán los mas mezquinos intereses. Pasó años enteros en Babilonia, viendo los milagros de sus magos y escuchando las sentencias de sus profetas por las orillas de aquellos rios y por las cimas de aquellos observatorios, donde parece que tienen los astros y las almas empeñados diálogos y coloquios permanentes. Y vuelto á Grecia con tantos resplandores en sus inspiradas sienas, con tantas ideas en su privilegiada inteligencia, traía indudablemente de los templos, de los altares, de los oráculos, de los desiertos, de todos esos sitios donde las revelaciones se condensan y donde los reveladores se manifiestan, algo en verdad de la grandeza religiosa que han tenido los grandes fundadores de teologías y de Iglesias.

En Oriente pululaban los reveladores. Todo hombre, nacido con cierta elevación de pensamiento, se empeñaba en estar destinado por la providencia de Dios á redimir el género humano. Como las conciencias instintivamente pedían la redención, presentábanse á una por todas partes innumerables redentores. Entre estos merece especial mención Basilides, á quien ya varias veces hemos mencionado, y de quien no podemos prescindir, porque aparece en la historia como el principal profeta de la doctrina dualista, cuyo fundador se llama Manés. La tradición quiere que este hombre, destinado á tan grande ministerio en la historia, á dar denominación á toda una familia de ideas y á

toda una serie de doctrinas, fuera vendido como vil mercancía en público mercado. De inteligencia pronta, de improvisación facilísima, de pasiones exaltadas, de viveza para toda emoción, de soberbia indomable en todos sus actos, reflexivo y espontáneo, argumentador y elocuente; cuando le convenía ocultaba bajo una extraña modestia toda la elevación de sus ideas y bajo una glacial hipocresía todas las exaltaciones de su complejidad y de su temperamento. Deseoso de ocultar su origen, sustituyó el nombre servil de Corvicio por el nombre casi científico de Manés. La ambición le poseyó y le desasosegó desde sus años más tiernos. Y como quiera que, en el siglo segundo, á los conflictos guerreros de otras edades hubieran reemplazado las discusiones y controversias científicas, Manés conoció que solo se llegaba al logro de sus deseos y á la satisfacción de sus pasiones por el largo y áspero camino del conocimiento de las cosas divinas y humanas, clave para abrir á una inquietud como la suya, las asambleas del pueblo, los templos del sacerdocio, las filas del ejército, los palacios de las monarquías. Puede decirse que aquel hombre era una enciclopedia viviente. Y esta enciclopedia viviente se encontró cara á cara con una religión universal, se encontró cara á cara con el Cristianismo. Nada más natural que devorar sus libros y admitir sus dogmas. Las nuevas ideas nacientes doraban con sus reverberaciones en su aurora las cumbres más altas del humano entendimiento. Pero, al aceptar la nueva doctrina Manés, persa de origen y fanático de complejidad ¡ah! no podía, no, abdicar las antiguas, aquellas recogidas en la misteriosa tierra de su infancia. Y hallándose en tal situación, tenía por necesidad que unir al Cristianismo, recogido en sus viajes á Alejandría, con el dualismo propio y originario de su patria la Persia. Esto le era tanto más fácil cuanto que en su sentir, podía hacerlo sin desconocimiento de la doctrina cristiana y sin desdoro ni mengua de sus dogmas. Si reconocemos en Cristo, en el Salvador que ha dado su vida por los hombres; todo pureza, todo bondad; sediento de sacrificios, empeñado en guerra perpetua con el mal, la fuente de donde todos los bienes fluyen; y reconocemos en Satanás, en el ángel rebelde, que después de haber cooperado á la creación divina, ha querido subvertir el mundo y trastornar con sus rebeliones la máquina celeste, ¿no tendremos completamente establecida ya dentro del Cristianismo la religión de Zoroastro y dentro de la reli-

gion de Zoroastro el Cristianismo? Manés creía ciertamente haber encontrado sabia fórmula, mediante la cual se reconciliaban sus antiguas ideas persas con sus nuevas ideas cristianas.

Merced á esta fórmula Manés era lo que tanto había deseado ser en su larga vida, un profeta, un revelador, capaz de llevar las inteligencias á los cielos infinitos y de redimir al hombre de la horrible servidumbre del pecado. Advirtiéronle sus cofrades en sacerdocio de los peligros que corría; y no quiso en manera alguna oírlos. Entonces lo excomulgaron implacablemente, y separado por esta excomunión del seno de la Iglesia cristiana, dióse á correr el mundo y á departir con los poderosos de la tierra para que adoptaran sus ideas y las esparcieran y las divulgaran fácilmente, aunque fuese por el filo de las armas. Así corrió á la corte de Persia y se amistó con Sapor I, á quien acompañó en sus lejanas expediciones y sostuvo en sus continuas batallas. Los hombres de palabra dominan fácilmente á los hombres de acción; y Sapor cooperaba con docilidad á la obra emprendida por Manés con audacia. Pero no le bastaba, no, á este influir en pueblo separado por tantas y tan largas distancias de la cultura heleno-latina, que al fin y al cabo era la cultura universal. En su desasosiego, en sus ambiciones, en su deseo de dominación y de renombre, Manés debía anhelar otro teatro á sus predicaciones. Así escribió larga carta á Marcelino, gobernador romano de Mesopotamia, puesto allí por mandato del Emperador Aureliano, carta que contiene los principios fundamentales del maniqueísmo.

Tres reyes dominaron sucesivamente en Persia, mientras se extendieron las predicaciones personales de Manés. El primero estuvo sujeto á vacilaciones continuas entre la antigua doctrina de sus magos y la nueva doctrina de los maniqueos. El segundo admiró á Manés y admitió sus principios. Y el tercero, con esos cambios bruscos de doctrina y de política frecuentes en los herederos de imperio, con los cuales el principio de variedad se venga y se desquita de la uniforme perennidad de la herencia, persiguió á Manés tan sañudamente que, consagrando con el martirio su apostolado, entregó la carne de aquel hombre á las aves rapaces, curtió su piel, y cuando no tenía en qué cebarse, dispersó sus frios huesos como temiendo que pudriera y emponzoñara tristemente con su contacto la tierra.